

LA UNIDAD POPULAR A SUS 50 AÑOS:  
LAS REVOLUCIONES DESDE ARRIBA Y DESDE  
ABAJO

*Peter Winn*

## PETER WINN

Profesor emérito de Historia en la Universidad de Tufts (Boston, Estados Unidos). Fue educado en la Universidad de Columbia (Nueva York) y en la Universidad de Cambridge (Reino Unido), de donde recibió su doctorado. También fue profesor en las universidades de Princeton y Yale. Se especializa en la historia de América Latina, sobre todo en las historias de Chile, Argentina y Uruguay. Es autor, entre otros libros, de *Tejedores de la revolución: los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo* (2004), *La revolución chilena* (2013) y *No hay mañana sin ayer: Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur* (2014).

## LA UNIDAD POPULAR A SUS 50 AÑOS: LAS REVOLUCIONES DESDE ARRIBA Y DESDE ABAJO<sup>1</sup>

La mayoría de los análisis sobre la Unidad Popular (UP) y los mil días de la presidencia de Salvador Allende se han centrado en lo político: en la brecha creciente entre la Democracia Cristiana (DC) y la UP y en el sectarismo, ya sea al interior de la UP, entre el más moderado Partido Comunista (PC) y el más “revolucionario” Partido Socialista (PS), o entre el PC y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que se ubicaba a la izquierda de la UP. Pero mis estudios de la época me han llevado a la conclusión de que, más allá del sectarismo partidario, lo que había eran tensiones entre dos revoluciones: la revolución *desde arriba* del presidente Allende y los políticos; y la revolución *desde abajo* de los pobladores, los campesinos y los trabajadores. Esta perspectiva es el eje del tema del presente artículo.

### LA REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA Y LA VÍA CHILENA

Cuando Salvador Allende ganó las elecciones presidenciales en 1970, no significó solamente una victoria personal luego de tres derrotas en las urnas, ni tampoco meramente un hito histórico por ser el primer marxista que era electo jefe de Estado en Occidente. Para Allende también fue una oportunidad para demostrar que la *vía chilena* —una vía pacífica y democrática hacia un socialismo democrático— era viable.

La ambición histórica de Allende era convertirse en el primer líder en conducir a su pueblo al socialismo por esa vía pacífica, porque -como me manifestó en una entrevista en 1972<sup>2</sup>-, millones de personas en todo el mundo quieren el socialismo, pero no querrían pasar por una guerra civil para conseguirlo.

En Chile, su victoria reflejaba, además, el fracaso de políticas alternativas para resolver los problemas crónicos del país: la dependencia económica, la estanflación financiera, la carencia de 500 mil viviendas para los migrantes que llegaban del campo a las ciudades, la falta de una participación política adecuada y la desigualdad general, tanto de ingresos como de bienes y oportunidades. Chile era uno de los países con mayor desigualdad en el continente más desigual del mundo. Esos problemas no habían encontrado solución ni con el capitalismo modernizante de

- 
1. Este artículo se basa en mis 50 años de investigaciones sobre la UP y refleja mis libros *Tejedores de la revolución: Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo* (LOM Ediciones, 2004) y *La revolución chilena* (LOM Ediciones, 2013).
  2. Salvador Allende, 1 de julio de 1972, Santiago.

Arturo Alessandri y la derecha, ni tampoco con el reformismo de Eduardo Frei Montalva y la Democracia Cristiana. Esos fracasos abrieron el camino para el triunfo de Salvador Allende y su *vía chilena al socialismo* en las elecciones de 1970, en las que venció a Alessandri y a Radomiro Tomic (DC) por márgenes muy estrechos.

Allende accedió a la presidencia en 1970 como candidato de la Unidad Popular, una alianza electoral conformada principalmente por el Partido Socialista y el Partido Comunista, pero con una participación importante del Partido Radical (PR) y del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), grupo escindido del ala izquierda (los *rebeldes*) de la DC. La sigla “MAPU” significa, además, “tierra” en mapudungun, el idioma de los mapuches. El MAPU estaba integrado por muchos activistas que luchaban por una reforma agraria y que se sentían decepcionados por la Democracia Cristiana.

En el fondo, la UP era una reconstrucción del Frente Popular (FP) de 1936-1941 impulsado por Allende, quien, siendo muy joven, había sido su Ministro de Salud. Si bien el gobierno del FP estuvo dominado por el Partido Radical, fue la primera vez que el Partido Socialista (el partido de Allende) y el Partido Comunista formaron parte del gobierno en Chile. Allende consideraba que el Frente Popular chileno había sido el más exitoso del mundo, aunque con el defecto de estar controlado por un “partido burgués”, el Partido Radical.

A lo largo de las siguientes tres décadas, Allende se había abocado a recomponer esa alianza política, pero esta vez bajo el control de lo que él llamaba “los partidos proletarios” —es decir, los socialistas y los comunistas— y con él como candidato presidencial. El programa de la UP estaba, además, mucho más a la izquierda que el programa del Frente Popular.

El programa de la UP estaba dividido en dos partes. Una parte eran las “40 medidas” populistas que mejorarían la vida del pueblo y que Allende decretaría de inmediato. Este paquete de políticas populares incluía medio litro de leche diario para todos los niños, atención médica gratuita en los hospitales públicos, trabajo garantizado para todos los adultos y la eliminación de los impuestos regresivos. También incluía medidas para democratizar y descentralizar Chile, formando asambleas populares a todos los niveles y dando participación a los trabajadores en la administración de sus empresas. Estas eran las medidas de una revolución “con sabor a empanadas y vino tinto”, una revolución sin sacrificio.

Pero el corazón del programa de la UP fue su compromiso con la *vía chilena al socialismo*, una vía pacífica hacia un socialismo democrático. El objetivo central de la UP era “terminar con el poder del capital monopolista nacional, extranjero y del latifundio para iniciar la construcción del socialismo”<sup>3</sup>. La *vía chilena* era un camino estrecho y la UP sabía que “las transformaciones revolucionarias que el país

---

3. Programa de la Unidad Popular (1969).

necesita solo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce verdadera y efectivamente”.

El eje de la *vía chilena* eran cuatro cambios estructurales, más conocidos como “los cambios”, cuyo objetivo era tomar el control de las “cumbres dominantes” de la economía chilena, empezando por la recuperación de las “riquezas básicas” de Chile: sus minas, sobre todo sus minas de cobre, que Allende llamó “el sueldo de Chile”. Chuquicamata y El Teniente eran las minas de cobre más grandes del mundo, pero estaban controladas por dos grandes corporaciones estadounidenses, Anaconda y Kennecott, a pesar de las medidas adoptadas por el gobierno de Eduardo Frei Montalva.

A las minas les seguían los bancos, que eran fuentes de capital para la docena de “clanes” que estaban al mando de la economía chilena. Los bancos eran el mecanismo por el cual las grandes familias económicas controlaban los ahorros de los chilenos, ahorros que luego eran otorgados como créditos a las empresas de estos mismos clanes, a tasas de interés bajas o incluso negativas. Tomar el control de los bancos privados sería una manera eficiente y elegante de tomar el control de las cumbres dominantes de la economía.

En tercer lugar estaban las grandes empresas monopólicas de la producción, la distribución y los servicios, con capitales que ascendían a más de US\$ 1 millón (un monto grande en el Chile de 1970). Estas empresas —muchas de ellas familiares— debían ser estatizadas o transformadas en propiedades mixtas que podían integrarse al Área de Propiedad Social (APS), que sería el núcleo de la futura economía socialista. De las 35 mil empresas que existían en Chile en 1970, la UP propuso estatizar solo 91. Pero para los capitalistas chilenos hasta ese número era demasiado alto. Por otra parte, el Partido Socialista hubiera preferido no fijar un límite, lo que alarmó a los empresarios medianos.

En cuarto lugar se planteaba una reforma agraria profunda, con la que se buscaba terminar con el latifundio que había dominado al campo chileno durante siglos. Allende se proponía completar la reforma agraria en los seis años de su mandato. Este objetivo era tan ambicioso que Chou En-lai, el gran revolucionario chino, le escribió advirtiéndole que su reforma agraria era demasiado rápida, y que ni los revolucionarios chinos con una revolución armada habían podido cambiar la estructura rural tan veloz y profundamente como pretendía hacerlo la UP.

En el fondo, el programa de la UP era una estrategia compleja y coreografiada para ser implementada por una revolución desde arriba que aplicó métodos distintos para cada cambio estructural, en combinaciones y secuencias que no resultaban evidentes de antemano, pero que aprovecharon las divisiones y las contradicciones que existían al interior del capitalismo chileno para enfrentar a sus enemigos nacionales de a uno y no ir contra todos a la vez.

La recuperación de las grandes minas de cobre —El Teniente y Chuquicamata— fue una medida tan popular que Allende las pudo nacionalizar mediante una reforma constitucional, a pesar de la votación minoritaria que tenía la UP en el Congreso. Allende confió en que los demócratacristianos votarían a favor de una medida parecida al programa de Tomic en 1970 y pensó que la derecha no se atrevería a votar en contra, por miedo a ser castigada en las próximas elecciones. Allende tuvo razón, y el 11 de julio de 1971 el Congreso aprobó por unanimidad una reforma constitucional que nacionalizó las minas de propiedad extranjera<sup>4</sup>, colocándolas bajo la administración de la Corporación Nacional del Cobre (CODELCO), una empresa estatizada que era entonces la empresa más grande de Chile<sup>5</sup>.

La estatización de minas no se limitó solo a las de cobre. El día de año nuevo de 1971, Allende mismo viajó a Lota-Coronel para darles a los mineros de carbón la buena noticia de que el gobierno acababa de comprar esas minas a sus dueños.

El segundo cambio estructural era la estatización del sector bancario. En vísperas de año nuevo, Allende habló por cadena nacional en los medios para anunciarle al pueblo chileno que recibiría un “aguinaldo” especial: los bancos privados. Pero la manera que tuvo Allende de lograr la estatización de la banca privada fue utilizando los métodos del capitalismo en su contra. Esta era una medida típica de la revolución desde arriba: la de dar a viejas instituciones nuevos propósitos.

La Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) había sido creada por el Frente Popular en 1939, adjudicándosele la potestad de adquirir acciones de empresas privadas. Pero en el pasado siempre se había usado esa potestad para apoyar al capitalismo. Bajo el gobierno de la UP, la CORFO realizó una oferta pública de adquisición para comprar las acciones de los bancos privados (cuyo valor había caído desde la asunción de Allende) a un precio superior al cotizado en la Bolsa.

Aunque los grandes capitalistas hicieron campaña en contra de la venta de las acciones al gobierno, muchos accionistas decidieron vender sus acciones, en un

- 
4. El Congreso dejó que el presidente fijara el monto de la compensación, pero esa concesión resultó ser una píldora envenenada, dado que el Partido Socialista estaba en contra de cualquier compensación. Eso llevaría al gobierno de los Estados Unidos a intervenir, alegando que las minas habían sido “confiscadas”, y permitir que los antiguos dueños demandaran a CODELCO en los EE.UU. y Europa. Esas acciones judiciales interfirieron con las ventas chilenas de cobre, la principal fuente de ingresos en dólares, la moneda dura del país, lo que fue agravado por el bloqueo financiero invisible impuesto por el gobierno de Richard Nixon.
  5. Fue uno de los pocos cambios de la UP que no fue revertido por Pinochet. CODELCO continúa hasta el día de hoy en el sector público. Es una empresa tan grande que, a pesar de todas las privatizaciones de Pinochet, se podría decir que, al final de su dictadura en 1990, Chile era más socialista que Suecia, ya que tenía más porcentaje de su economía en el sector público que ese país que tiene fama de “socialista”.

intento por recuperar parte de sus inversiones. Al cabo de un año, el noventa por ciento de los bancos privados eran controlados por el Estado, aunque hasta mediados de 1972 el gobierno no pudo obtener el control del más grande, el Banco de Chile.

El tercer cambio estructural consistía en desarrollar un Área de Propiedad Social y Mixta (APSM), estatizando las 91 empresas más grandes de Chile, que constituían los “monopolios” de la producción, la distribución y los servicios, con capitales de más de un millón de dólares, una cifra importante para la época. La CORFO intentó comprarlas, pero muchas eran empresas familiares que se negaron a vender.

La UP recurrió, entonces, a dos potestades ejecutivas que le permitían intervenir la administración de empresas si consideraba que los dueños estaban sabotando la producción de bienes de primera necesidad o que existía un conflicto laboral que la empresa no podía resolver<sup>6</sup>. Una vez intervenida una empresa por un tiempo indefinido, durante el cual contraía deudas por el aumento de salarios y otros costos, se creaba un incentivo para que los dueños quisieran venderla a la CORFO.

El cuarto cambio era una reforma agraria profunda, que avanzó por un carril distinto. La Corporación de la Reforma Agraria (CORA) no podía comprar todos los latifundios de Chile, y como la UP no tenía los votos necesarios en el Congreso para aprobar una nueva ley de reforma agraria, debió aprovechar la ley demócratacristiana de 1967. Allende contaba para esta iniciativa con el apoyo de su ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, uno de los autores de esa ley, quien en 1970 era dirigente del MAPU. Chonchol era el experto ideal para liderar el objetivo de utilizar la ley de 1967 para profundizar la reforma agraria y terminar con el latifundio.

Chonchol le reprochaba a su antiguo partido el no haber implementado la ley con la fuerza y el compromiso necesarios. Fue una de las razones de su alejamiento de la Democracia Cristiana y su pasaje al MAPU en 1969. Creía que, si la ley de 1967 se aplicaba con más fuerza por provincia y sin excepciones, la UP podría acabar con el latifundio que había dominado por siglos el campo chileno antes de que Allende terminara su mandato de seis años y sin interrumpir los procesos agrícolas. Al final, la reforma agraria se aceleró aún más y terminó con el latifundio en solo 18 meses.

Si consideramos esos cuatro grandes cambios estructurales en su conjunto, vemos que todos fueron impulsados desde el Estado. La *vía chilena* era, en definitiva, una revolución desde arriba, cuyos distintos elementos compartían dos características importantes. Primero, el cambio tenía que hacerse por medios legales. Y segundo,

---

6. Estos dos poderes provenían de decretos de la Gran Depresión y son ejemplos típicos de cómo la UP rescató viejas normas para usarlas con nuevos fines. En este caso, el objetivo era obtener el control de las cumbres dominantes de la economía chilena e integrarlas en una Área de Propiedad Social y Mixta (APSM), que sería la base de la futura economía socialista.

tenía que ser diseñado, coreografiado, orquestado y controlado por funcionarios del gobierno, que ajustarían sus tácticas y tiempos para asegurarse de que fueran compatibles con las condiciones objetivas y la estrategia general de la *vía chilena*.

Pero la aceleración de la reforma agraria reveló la incompatibilidad de la revolución desde abajo con la *vía chilena* y la necesidad de la revolución desde arriba de cambiar su estrategia, sus tiempos y sus secuencias para mantener su compatibilidad con la revolución desde abajo. Llamo “revolución desde abajo” a todas las acciones que fueron impulsadas no por el Estado sino por pobladores, campesinos y/o trabajadores, y que no eran legales pero que sus protagonistas consideraban justas.

## LA REVOLUCIÓN DESDE ABAJO Y LAS TOMAS

Si el sello distintivo de la revolución desde arriba era su legalismo, el sello de la revolución desde abajo eran las tomas, ya sea de sitios, terrenos o fábricas, casi siempre mediante conflictos locales. La revolución desde abajo de los pobladores, los campesinos y los trabajadores empezó en 1957 con la toma de La Victoria, al borde del Zanjón de la Aguada, a raíz de un incendio que dejó a los pobladores sin hogar. Instalados al principio en carpas y luego en mediaguas y otras casas construidas por ellos mismos, los pobladores de La Victoria lucharon primero para que no los echaran del lugar y después para conseguir electricidad, agua potable, alcantarillado, una clínica, transporte, educación y demás servicios de la vida urbana. Lo que pretendían, en definitiva, era tener una vivienda digna<sup>7</sup>.

Estas tomas continuaron durante los siguientes 13 años, alimentadas por el flujo de migrantes rurales hacia las ciudades. Muchos pobladores siguieron el ejemplo de La Victoria, tomando un sitio suburbano junto a otros organizados en un comité de pobladores sin casa. Como el sitio estaba muchas veces en terrenos privados, el riesgo de ser expulsados por Carabineros era un peligro real. Por eso, para dar pausa a los Carabineros, llevaban banderas chilenas para izar sobre sus carpas, y muchas veces también eran acompañados por sus mujeres e hijos. Además, cuando iban a tomar un sitio, avisaban a la Iglesia y a políticos y periodistas para que intervinieran y frenaran su expulsión.

Con el tiempo, las tomas de sitios por pobladores sin casa adoptaron una forma coreografiada. Pero aun así hubo expulsiones violentas, que dejaron muertos y heridos. Una de esas fue Herminda de la Victoria, en Santiago, que terminó con una niña muerta. Pero el caso más sonado fue, quizás, el de la ciudad sureña de Puerto Montt en 1969, que Víctor Jara immortalizó con una canción apasionada.

---

7. Para el mejor libro sobre los pobladores, ver Garcés (2002)

Cada presidente anterior había tenido su masacre de pobladores, algo que Allende quería evitar.

Cuando llegó a la Presidencia, las tomas de sitios por pobladores ya eran muy comunes. Pero lo que Allende hizo cambió el panorama y desató una revolución desde abajo entre los pobladores. Consciente de las masacres de pobladores cometidas por Carabineros en el pasado, Allende prometió que jamás mandaría a las Fuerzas de Orden a reprimir al pueblo. Esta promesa no pasó desapercibida por los campesinos y los trabajadores y abrió la puerta a la revolución desde abajo, invitando a pobladores, campesinos y trabajadores a tomar la revolución en sus propias manos y no esperar hasta que la revolución desde arriba tocara a su puerta. Fue así que durante la presidencia de Allende hubo más de doscientas tomas de terrenos por pobladores sin casa y, ya para el inicio de 1972, uno de cada seis residentes de Santiago vivía en campamentos surgidos de tomas. Algunos, como Nueva La Habana, el campamento modelo del MIR, tenían autogobiernos fuertes con dirigentes elegidos por los pobladores. En Nueva La Habana, además, todos los pobladores construían su propia vivienda con materiales brindados por el Estado y vivían de manera regulada por el MIR, teniendo incluso su propio sistema de justicia. Pero la mayoría de las poblaciones, incluso Lo Hermida, donde también dominaba el MIR, eran heterogéneas en cuanto a sus residentes y su política, ya fuera respecto al PS, el PC o el MIR, aunque sus líderes trataron de concientizarlos.

Los niveles a los que llegaron las tomas de sitios o terrenos por pobladores sin casa bajo el gobierno de la UP representaron un salto cualitativo. Pero esas tomas reflejaban una acción desde abajo bien conocida en el Chile de la UP. En cambio, las tomas de fundos habían sido muy raras antes de la reforma agraria, sobre todo si eran protagonizadas por mapuche junto a “huincas”. Pero en diciembre de 1970, se produjo un cambio radical, con una ola de tomas de fundos en las zonas sureñas de los mapuche que puso a la revolución desde arriba en una encrucijada que no podía ignorar y que la empujó a cambiar su estrategia, acelerar los tiempos y competir con la revolución desde abajo, que era su aliada, pero también su rival y su crítica.

Empezó con los mapuche —el grupo indígena más grande de Chile—, que protagonizaron “la corrida de cercos”, empujando los cercos hasta donde habían estado antes de su derrota en el siglo XIX y el robo de sus tierras por el Estado chileno y los inmigrantes alemanes, robo que fue sostenido por el sistema de injusticia chileno y la influencia política de las élites locales. Un grupo heterogéneo de mapuche y *huincas*, unidos en su pobreza, decidió tomar el fundo Ruculán como forma de compensación. Esa toma del 9 de diciembre se produjo sin violencia, permitiéndoseles al dueño y a su familia empacar sus joyas y su ropa y llevárselas en sus autos. Pero la retoma del fundo Ruculán cinco días después, organizada por el dueño, fue muy violenta, con un saldo de tres mapuche heridos y sus niños

traumatizados. Los medios derechistas presentaron la toma de Ruculán como prueba del clima de violencia creado por la UP con la supuestamente pacífica *vía chilena*. Lo que quedó claro fue que la toma y retoma de Ruculán habían generado un conflicto social peligroso que el Gobierno debía solucionar<sup>8</sup>.

Allende se instaló, entonces, en la provincia de Cautín por el mes de enero, para gobernar desde allí, y Chonchol hizo lo mismo. El ministro de Agricultura también aceleró la reforma agraria en la provincia, con el propósito de terminarla en Cautín durante el verano, un objetivo que el Gobierno alcanzó. Entre los fundos expropiados estuvo Ruculán.

Para los campesinos chilenos del valle central, Cautín fue un despertar. Reveló que la manera de asegurar que la reforma agraria llegara rápidamente a su fundo sería tomándolo y generando un problema social que el gobierno tuviera que resolver de inmediato.

Esa revelación llevó a los campesinos a tomar sus fundos, comenzando por la zona forestal del sur y avanzando hacia el norte por el valle central, reclamándole al gobierno que los expropiara. La mayoría de los fundos tomados eran de un tamaño que habilitaba su expropiación según la ley de 1967, algo que el gobierno de Allende pensaba hacer de todos modos. Pero algunos eran más pequeños de lo que permitía la ley y los campesinos no se preocupaban mucho por eso, sobre todo con el MIR empujándolos a presionar por una nueva ley que expropiara los fundos medianos de más de 40 hectáreas. Como muchos de esos fundos medianos pertenecían a militantes del Partido Radical, la reforma agraria provocó un problema político dentro de la Unidad Popular. La respuesta de la UP en su cónclave de febrero de 1972 en El Arrayán fue sorprendente: acordó acelerar la reforma agraria para que terminara en seis meses en vez de seis años, como estaba previsto inicialmente en la revolución desde arriba. Se creía que después de terminar con la reforma agraria no habría más problemas políticos serios en el campo, ni desde la derecha ni desde la izquierda (el MIR). Además, la nueva estrategia reflejaba la experiencia de Cautín y la importancia de implementar la reforma agraria en toda una provincia a la vez, y no en solo un fundo.

Estuve presente en el fin del latifundio en la provincia de Talca, en el corazón del valle central, en abril de 1972. Tuvo lugar en el estadio de baloncesto. En los asientos estaban sentados los campesinos, vestidos con sus mejores ropas. En la cancha se habían dispuesto mesas largas para los expertos de la CORA. A la cabeza de cada mesa estaba sentado un alto funcionario que anunciaba el nombre de un fundo. Desde las diversas mesas los expertos de la CORA exponían los detalles del caso.

---

8. Para la historia de Ruculán, ver Mallon (2000).

Cuando terminaban, el funcionario superior dictaba la sentencia: “¡Expropiado!”. Y desde los asientos distantes un grupo pequeño de campesinos empezaba a festejar, porque acababan de heredar el fundo que ellos y sus ancestros habían trabajado durante siglos como inquilinos, pero nunca, hasta ese día, como dueños. Fue un triunfo de la revolución desde arriba. Terminaron con el latifundio en Talca en un día. El mensaje que el gobierno daba a los campesinos era claro: esperas a que llegue a tu provincia el proceso legal de la reforma agraria, y recibirás el fundo legalmente y con la ayuda de la CORA.

Como vimos, las tomas de sitios para formar campamentos eran muy comunes en el Chile de los sesenta, no así las tomas de fundos. Sin embargo, con la reforma agraria y los sucesos de Cautín, ya llegando a 1971, docenas de campesinos habían tomado los fundos donde vivían y trabajaban. Las tomas de fábricas tampoco eran parte de la experiencia chilena antes de la toma de Yarur, en abril de 1971.

La historia detrás de la toma de Yarur fue, por un lado, la culminación de una larga historia de paternalismo represivo que solo permitía un sindicato amarillo para los obreros y ni eso para los empleados. Con la elección de Allende, los obreros se atrevieron a librar una lucha clandestina para ganar un sindicato independiente. Pero Amador Yarur se resistió a aceptar a los dirigentes elegidos por los obreros y a negociar con ellos su pliego de peticiones. Por otro lado, la visita de Allende a la fábrica durante la campaña electoral había dejado una profunda impresión en los trabajadores. Más de quinientos obreros se atrevieron a exponerse al abuso de los guardias de la compañía que anotaban los nombres de todos los que acudían a escuchar a Allende. Y lo que escucharon fue a éste decirle a Amador Yarur que podían ser muy amigos, pero que si resultaba electo iba a estatizar su fábrica, que pasaría a pertenecer a sus trabajadores y al pueblo de Chile. Solo cuatro obreros tuvieron el valor de aplaudirlo, pero todos los presentes lo escucharon atentamente y luego era lo único de lo que hablaban.

Influyó también la intransigencia de los Yarur. A pesar de que sus trabajadores lograron la conquista de formar sindicatos independientes, con líderes de izquierda, y de que el gobierno de la UP estuviera dispuesto a ayudarlos, los Yarur no aceptaron a los dirigentes sindicales de los empleados ni buscaron un acuerdo con ellos. Por el contrario, Amador Yarur se negó a dialogar con ellos y rechazó el pliego de peticiones de los obreros. Esa intransigencia llevó a los dirigentes sindicales a empezar a reunir datos que demostraban que los Yarur estaban saboteando la producción de telas de primera necesidad, como ropa de cama para hospitales, y a compartir esos datos con el Ministerio de Economía.

Por último, influyó el cambio de coyuntura política que se produjo en abril de 1971. Las elecciones municipales nacionales, celebradas el 4 de abril de 1971, fueron vistas como un referéndum sobre el gobierno de la UP y su *vía chilena*. Al ser las

primeras elecciones desde el triunfo popular de Allende el 4 de septiembre de 1970, que le habían dado la victoria por un estrecho margen, estos comicios eran una oportunidad para medir su popularidad. Los resultados fueron como un sueño para la izquierda. En los escasos seis meses desde septiembre, la UP había saltado del 36 por ciento a más del 50 por ciento de adhesión. Por primera vez en la historia de Chile la izquierda era mayoría. También era el momento para que la *vía chilena* diera un salto cualitativo. Y los trabajadores de Yarur ya estaban listos para impulsar ese salto.

Sus dirigentes sindicales presentaron nuevamente un pliego de peticiones a Amador Yarur y nuevamente él rechazó todas sus demandas. El domingo siguiente, 28 de abril de 1971, el sindicato se reunió en asamblea y los obreros inundaron el local porque todos sabían que algo importante estaba por suceder. Estaba el noventa por ciento de los mil setecientos socios del sindicato y muchos quedaron afuera. Un dirigente de la Central Única de Trabajadores (CUT) que estuvo presente contó que el ambiente estaba “tan lleno de tensión y expectativa como el local estaba de gente”<sup>9</sup>. La asamblea empezó como siempre con la lectura de las actas de la reunión anterior. Pero la tensión crecía en el local y era difícil seguir el orden del día. El presidente del sindicato empezó luego a contar lo que había pasado entre las dos reuniones: “La directiva informa que, ante varios problemas que la empresa no ha solucionado, fue junto con los delegados a conversar con Amador Yarur. Él no quiso recibir a la delegación, así que la directiva (...) confeccionó un memorándum con los problemas que afectaban a los trabajadores”.

Se leyó la petición, y cada demanda fue recibida con un aplauso. Entonces los dirigentes empezaron a “agitar la asamblea”. Fue el presidente sindical quién comenzó: “La respuesta de la administración a este memorándum fue rotundamente negativa. La directiva ante esta negativa plantea que no se puede seguir aguantando estas anomalías (...). Hay que tomar serias medidas”<sup>10</sup>. Todo estaba cuidadosamente orquestado, salvo los ensordecedores aplausos y gritos de aprobación de la base.

Los dirigentes habían preparado la reunión de manera de garantizar que se trataría todo lo necesario. “Es decir, el presidente del sindicato va a hablar de tal cosa, otra persona iba a hablar de tal otra. O sea, ya iban designadas las personas, las que hablaban mejor, porque uno puede tener muchas ideas buenas, pero no las sabe desarrollar en una asamblea”<sup>11</sup>. Pero esa vez la espontaneidad de los trabajadores

---

9. Jorge Varas, enero de 1974, Santiago, citado en Winn (2000: 242).

10. Sindicato Industrial Yarur S.A., Actas, 25 de abril de 1971, p. 343.

11. Emilio Hernández, agosto de 1972, Santiago (ibid.: 242).

hizo que fuera innecesaria la preparación. Incluso obreros que casi nunca habían hablado se precipitaron a pedir “valientemente” la palabra<sup>12</sup>.

Un alto dirigente de la CUT, Jorge Varas, veterano de miles de reuniones sindicales, confesó: “Nunca en mi vida he visto nada como esto. Cuando los dirigentes sindicales nos dimos cuenta de que la empresa no nos quería recibir, y que se había negado a todas las peticiones, entonces la gente se paró y empezó a gritar: ‘Estatización! ¡Estatización!’. Fue increíble. Se pararon los dos mil trabajadores y gritaban: ‘Queremos la estatización! ¡No más explotación! ¡Era una revolución!’”<sup>13</sup>.

Varas estaba en la reunión como representante de Allende, que lo había mandado para que se asegurara de que *no* se tomarían Yarur, y ahora tenía que concertar una reunión con Allende para pedir lo contrario. Allende se puso furioso cuando se enteró de que Yarur había sido tomada por sus trabajadores y que estaban pidiendo la estatización de la fábrica, pero accedió a hablar con los dirigentes sindicales de Yarur antes de tomar una decisión sobre qué hacer. El resultado fue un debate entre las revoluciones desde arriba y desde abajo que resultó muy revelador.

Los dirigentes y los trabajadores de Yarur pensaban que tomando su fábrica y pidiendo su estatización estaban avanzando el proceso revolucionario de Allende, quien había prometido a los trabajadores de Yarur que si resultaba electo estatizaría su fábrica. Para los obreros fue una sorpresa y una pesadilla encontrarse con que el Compañero Presidente pretendía parar la toma de Yarur y rechazar su pedido de estatizar la fábrica. Incluso, Allende llegó a amenazarlos con romper la huelga, que habría sido la pesadilla más grande de todas. Los líderes de los trabajadores hicieron hincapié en las condiciones intolerables que reinaban en Yarur, en la promesa de estatizar la empresa que Allende les había hecho durante la campaña y en la intransigencia de los dueños y la dinámica local que había llevado a los trabajadores a tomar la fábrica y pedir su estatización. Para Allende, en cambio, la toma de Yarur era prematura y estaba fuera de secuencia, por lo que ponía en riesgo su *vía chilena*. Para él, la *vía chilena* era un camino estrecho y difícil, que solamente era viable si era cuidadosamente controlado y coreografiado desde arriba. En el caso de los Yarur, que eran dueños de múltiples industrias además de una estación de radio y un banco, el tema de las secuencias era muy importante, sobre todo porque Allende quería controlar los tiempos de las fases de su revolución para mantener el apoyo, o por lo menos la neutralidad, de la clase media, al mismo tiempo que satisfacía las necesidades básicas del pueblo y avanzaba por la *vía chilena*.

---

12. Silvio Castillo, agosto de 1972, Santiago (ibid.: 242).

13. Jorge Varas, enero de 1974, Santiago (ibid.: 243).

Pero el conflicto entre Allende y los dirigentes sindicales de Yarur no se limitaba solo a ellos. Como Allende les explicó a los líderes de los trabajadores de Yarur, su revolución desde abajo planteaba cuestiones fundamentales sobre cómo debía ser la conducción revolucionaria. La espontaneidad de los trabajadores de Yarur amenazaba el éxito del proceso revolucionario que él dirigía. “Las masas no pueden sobrepasar a los dirigentes”, les dijo Allende, “porque estos tienen la obligación de dirigir y no dejarse dirigir por las masas”. Para Allende, entonces, era él, y no ellos, quién debía decidir cuándo, cómo y qué. Y cuando él no pudo convencerlos de que tenía razón, recurrió a algo más autoritario: “¡Yo soy el presidente, y él que manda aquí soy yo!” (Winn, 2000: 257).

Pero los dirigentes de los trabajadores de Yarur habían acumulado fuerzas también. Aunque Allende fuera “la mejor muñeca que hay”<sup>14</sup>, ellos habían logrado reunir un grupo de apoyo impresionante, sobre todo para unos dirigentes sindicales locales y sin experiencia en política. Habían reclutado al ministro de Economía, Pedro Vuskovic, y su viceministro, Óscar Guillermo Garretón, quienes amenazaban con renunciar a sus cargos, y a altos dirigentes de la CUT y del Partido Comunista. En última instancia, Allende no quiso arriesgar un conflicto con su base principal, los obreros industriales, y luego de una fuerte resistencia, accedió a estatizar Yarur, que fue transformada en la industria modelo del sector textil del Área de Propiedad Social (APS) y la primera empresa de Chile en introducir la participación de los trabajadores en la administración.

Pero los temores de Allende a las consecuencias que podía tener la estatización de Yarur eran fundados, como también lo eran los temores de los líderes de los trabajadores de Yarur respecto a las consecuencias de no estatizar la industria. Los dirigentes de Yarur tenían razón en que la dinámica local había llevado a los trabajadores de Yarur a tomar la fábrica y pedir su estatización, no siendo posible dar marcha atrás sin destruir su movimiento. Pero Allende también tenía razón cuando les dijo: “Si doy vista buena a esta, van a venir otra y otra y otra, porque ya se me arrancó una” (íbid.: 255). Y así fue, empezando con las otras fábricas del sector textil.

Como consecuencia, Allende y su revolución desde arriba perdieron el control de los tiempos y de las secuencias del proceso revolucionario. Y su conflicto con la oposición de centro y de derecha sobre las tomas y las estatizaciones llegó a ser tan agudo que motivó que el Congreso declarara formalmente, en 1973, que Allende y

---

14. Allende fue conocido por su capacidad de manipular las instituciones y los personajes de la política chilena. Este era el juicio de sus rivales, como en este caso el Senador Ignacio Palma, senador demócratacristiano que fue presidente del Senado después de Allende. (Ignacio Palma, Santiago, junio de 1972)

su gobierno estaban actuando fuera de la ley, declaración que las Fuerzas Armadas estaban esperando para justificar el golpe del Estado que terminarían dando el 11 de septiembre de 1973.

La revolución desde abajo fue acelerada y profundizada por obreros, campesinos y pobladores, un proceso que a menudo coincidía, o se complementaba, con la revolución legalista y modulada desde arriba. Pero divergía crecientemente de esta, porque era más espontánea e interactiva con las bases, y resultaba difícil de controlar desde arriba.

Si bien muy raramente la revolución desde abajo fue completamente espontánea o plenamente autónoma, la espontaneidad y la autonomía relativa fueron características de la revolución desde abajo. Más allá del común denominador de las tomas, la revolución desde abajo era muy heterogénea. En parte, reflejaba la frustración de muchos chilenos con las promesas no cumplidas de la “revolución en libertad” de la DC. Para muchos chilenos, el gobierno del Allende y su *vía chilena* representaban una oportunidad única en su vida para realizar sus sueños, cualquiera que fueran esos sueños: un mapuche que corría los cercos de su tierra ancestral recuperada; un campesino que pasaba de ser inquilino a ser asentado; un poblador que se construía una vivienda propia digna; un obrero electo al consejo administrativo de su fábrica estatizada; o un ama de casa que compraba un juego de muebles en las fiestas de consumo. La revolución desde abajo era un campo de sueños.

En el fondo, la revolución desde abajo reflejaba cómo había entendido el pueblo de Chile el triunfo popular de Salvador Allende, quien también tenía, por su parte, la responsabilidad de validar esos sueños. Responsabilidad que Allende mismo había asumido en la fábrica Yarur, por ejemplo, cuando en la campaña le advirtió a Amador Yarur que estatizaría su fábrica si resultaba electo. Esa fue una promesa que los trabajadores nunca olvidaron y que legitimó su lucha por la estatización. En 1971, las revoluciones desde arriba y desde abajo, más que estar en tensión entre sí, todavía parecían apoyarse mutuamente. Juntas impulsaron avances por la *vía chilena* que fueron impresionantes.

El 4 de noviembre de 1971, Salvador Allende celebró el primer aniversario de su mandato con un discurso en un Estadio Nacional repleto, bajo el lema “Cumpliendo el Programa”. “Estamos aquí para señalar que hemos avanzado en el área social, la base del programa económico, fundamento del poder para el pueblo”, declaró el Compañero Presidente. “Controlamos el 90 por ciento de lo que fueron los bancos privados; más de 70 empresas estratégicas y monopólicas han sido expropiadas, intervenidas, requisadas o estatizadas. ¡Somos *dueños!* Podemos decir *nuestro* cobre, *nuestro* carbón, *nuestro* hierro, *nuestro* salitre, *nuestro* acero; las bases fundamentales de la industria pesada hoy pertenecen a Chile y a los chilenos” (Allende, 1971).

Aparte de esos cambios estructurales, Allende también habló con orgullo de otros logros de su primer año como presidente, como la participación de los trabajadores y los campesinos en la administración de sus lugares de trabajo, la redistribución masiva del ingreso nacional, la disminución de la inflación y el desempleo y la vuelta de la prosperidad, con fiestas de consumo nunca antes vistas en Chile. Además, el Compañero Presidente podía atribuirse el mérito por la gran expansión de los programas de vivienda, salud y educación, la ampliación de la seguridad social, la reforma del sistema jurídico y la reforma agraria. En su conjunto, justificaban la fe que tenía Allende en la revolución desde arriba y en la viabilidad de la *vía chilena al socialismo*. Pero muchos de esos logros reflejaban también el impacto de la revolución desde abajo y sus avances acelerados. Tomados juntos eran complementarios e impresionantes.

A esas alturas del gobierno de la UP, Allende parecía el líder más exitoso en la historia chilena. Pero las apariencias engañaban. Entre las sombras esperaban agazapados los problemas que vendrían.

Al mes siguiente, Fidel Castro llegó por una visita que duró un mes y que consolidó el apoyo de la izquierda chilena para Allende, pero también provocó rechazo entre las élites y la clase media. Esa resistencia tomó cuerpo en la Marcha de las Cacerolas, una protesta de mujeres acomodadas por la supuesta escasez de productos, que en diciembre de 1971 aún no era nada seria, pero que en 1972 iría agravándose mes a mes, sobre todo con la creciente inflación.

La derrota en los primeros meses de 1972 de los candidatos de la UP al Congreso y la Universidad de Chile frente a una alianza política cada vez más estrecha entre la Democracia Cristiana, en el centro, y el Partido Nacional, en la derecha, dejó al desnudo las consecuencias políticas de los problemas económicos y las tensiones sociales. Ante este panorama problemático, la revolución desde arriba y la revolución desde abajo se echaron la culpa mutuamente y tomaron caminos distintos. En junio de 1972, en el cónclave de Lo Curro, Allende y una mayoría de la UP centrada alrededor del PC reafirmaron su compromiso con la *vía chilena* y la revolución desde arriba, y apostaron por la estrategia de buscar una alianza interclasista con la clase media representada por la DC. Incluso nombraron representantes para negociar con ese partido, que también designó negociadores.

En la jerga de la época, el conflicto de Lo Curro entre las revoluciones desde arriba y desde abajo se describía como conflicto entre dos estrategias: “avanzar consolidando” versus “consolidar avanzando”. Ganaron quienes creyeron en la necesidad de consolidar los avances ya logrados, buscando para ello un acuerdo con la Democracia Cristiana. Las negociaciones fueron casi exitosas. Lo único que quedaba por resolver era un acuerdo sobre qué hacer con solo cuatro empresas. Esperaban resolverlo todo en 48 horas más, pero el plazo que los partidos habían

dado a sus negociadores había terminado. Para los negociadores de la UP fue fácil conseguir una prórroga de 48 horas, pero la DC se negó a dar más tiempo a sus negociadores. Se dice que el expresidente Eduardo Frei Montalva intervino personalmente, porque no quería una solución negociada al conflicto.

En ese momento, el fracaso de las casi exitosas negociaciones entre los moderados de los dos lados no pareció tan apocalíptico, pero en retrospectiva esas negociaciones habían representado la mejor oportunidad para evitar el golpe y la dictadura de Augusto Pinochet. A partir de entonces, una oposición cada vez más contrarrevolucionaria se dedicó a preparar el terreno para el paro de octubre y crear las condiciones para sacar a Allende por voto legislativo o golpe militar. Del otro lado, el gobierno trató de sanear sus finanzas y estabilizar la economía volviendo a políticas económicas ortodoxas, pero la revolución desde arriba quedó sin una estrategia creativa.

En la cumbre de Lo Curro, la revolución desde abajo perdió el control de la UP y su estrategia, pero esa derrota la dejó en libertad para experimentar con diversas políticas y estrategias. Su principal estrategia era volver a la alianza de clases tradicional del marxismo entre el proletariado y los campesinos, más los pobladores. Bajo el liderazgo político del ala izquierda del PS y el MIR, en julio convocaron una Asamblea del Pueblo, celebrada en Concepción, que era el prototipo de asamblea del pueblo prometida en el programa de la UP. Si bien fue exitosa, fue algo más regional que nacional y no se volvió a repetir.

Más importante fue la organización en junio del primer cordón industrial, el Cordón Industrial Cerrillos-Maipú. En su origen, los “cordones industriales” referían a un área de una ciudad con concentraciones de industrias de distintos rubros. En su mayoría, se trataba de concentraciones planificadas por urbanistas. Pero con la UP, y sobre todo con la revolución desde abajo en 1972, el término “cordón industrial” cobraría un nuevo sentido, pasando a designar la organización territorial de todas las empresas de una zona liderada por sus activistas más “revolucionarios”.

Desde el punto de vista sindical, el cordón industrial era una respuesta a las limitaciones del Código Laboral que solo reconocía a los sindicatos organizados por rubro y no por ubicación geográfica. Eso significaba que los trabajadores textiles de distintas zonas geográficas, por ejemplo, podían conformar una federación con otros trabajadores textiles, pero no con trabajadores de industrias contiguas de otros rubros. Esa estructura sindical fue dominada por el Partido Comunista, que por eso rechazó el cordón industrial.

El primer cordón industrial, Cerrillos-Maipú, al sur de Santiago, fue organizado a mediados de 1972 en reacción a lo sucedido en Lo Curro, pero también como respuesta a la toma de Perlak, una fábrica de conservas de la industria de alimentos que era demasiado pequeña para ser estatizada en el marco de las políticas de la

UP (es decir, por la revolución desde arriba), que fueron reafirmadas en Lo Curro y en las negociaciones con la DC. Los trabajadores de Perlak tomaron su empresa y, en vez de pedir al gobierno la estatización, pidieron ayuda a los trabajadores de su cordón industrial (esto es, a los trabajadores de las industrias vecinas) para consolidar su socialización.

La socialización de Perlak fue exitosa, pero nadie sospechaba entonces que en pocos meses el cordón industrial sería la salvación de la revolución desde arriba y la institución revolucionaria más creativa y emblemática de la revolución chilena desde abajo<sup>15</sup>.

La mayoría de los cordones industriales nacieron durante octubre de 1972, como respuesta de la revolución desde abajo al paro de octubre, que los trabajadores llamaron Paro de los Patrones, porque fue un cierre patronal que formó parte de un intento de los empresarios de paralizar la economía chilena y crear las condiciones para un juicio político contra Allende o un golpe militar. Ante esa ofensiva claramente contrarrevolucionaria, que el gobierno y su revolución desde arriba parecían incapaces de frenar. Los trabajadores de las distintas zonas de Santiago formaron cordones industriales locales —Cordón Vicuña Mackenna, Cordón Macul, Cordón O'Higgins, etcétera—. Estos cordones ayudaron a los trabajadores de las pequeñas y medianas empresas de cada zona a tomar sus empresas y mantener su producción o servicio. Frente a los ataques de grupos paramilitares de derecha, como Patria y Libertad, los cordones industriales organizaron también la defensa de “su territorio”. Fue la mejor hora de la revolución desde abajo.

Con la ayuda de los cordones industriales, las revoluciones desde arriba y desde abajo lograron mantener la producción y la distribución de bienes y empujaron a un *impasse* al Paro Patronal. En octubre de 1972, la revolución desde abajo salvó a la UP y al gobierno de Allende. Incluso despertó dentro de la izquierda chilena fantasías de un “poder popular” en el que los cordones industriales serían “los soviets” de la revolución chilena —aunque sin soldados ni armas—.

Una vez superado el paro de octubre, Allende tuvo que elegir entre la revolución desde abajo, que acababa de salvarlo, y la revolución desde arriba, que siempre había sido su fortaleza. A esa altura, la *vía chilena* estaba bloqueada y no existía posibilidad real alguna de llegar al socialismo democrático por la vía pacífica. Allende tuvo —en teoría— la opción de ponerse a la cabeza de la revolución desde abajo impulsada por los trabajadores, los campesinos y los pobladores y usar su fuerza, creatividad y dinamismo para romper las condiciones que restringían la revolución chilena. Su otra opción fue confiar en el general Prats y las Fuerzas Armadas y su capacidad de

---

15. Para un libro de testimonios sobre los cordones industriales, ver Gaudichaud (2004).

generar las condiciones para las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, que podrían estabilizar su gobierno y reencauzar el escenario político por la *vía chilena*, sacrificando los cordones y la revolución desde abajo sobre el altar de la revolución desde arriba.

Como después de marzo de 1973 no habría otras elecciones antes del término del mandato de Allende en 1976, si la UP en marzo lograba ganar la tercera parte de los escaños para defender a Allende de un juicio político, las elecciones de marzo podrían asegurarle a la UP y a Allende tres años más de gobierno. Conociendo la trayectoria de Salvador Allende y su compromiso con la *vía chilena*, no fue ninguna sorpresa que eligiera la opción electoral, en la que las Fuerzas Armadas cumplieron un papel político creciente, que culminaría en el golpe de Estado del 11 de septiembre.

Al principio, parecía que Allende había tenido la razón. La oposición aceptó la participación de las Fuerzas Armadas en el gobierno como una condición para suspender el paro de octubre y crear las condiciones para una campaña electoral. Y en las elecciones de marzo, aunque la oposición ganó la votación (con 55 contra 44 por ciento), su victoria no llegaba ni cerca al 67 por ciento que necesitaba para derrocar a Allende mediante un juicio político. Al contrario, la UP aumentó sus escaños en ambas cámaras, a pesar de la crisis económica, los conflictos sociales y la polarización política. Ello llevó a pensar que, si lograba solucionar la crisis económica, podría ganar una mayoría para el socialismo en las elecciones de 1976, cuando el mandato de Allende debía terminar.

Las elecciones de marzo parecían haberle garantizado a Allende tres años más en la Presidencia. Pero, nuevamente, las apariencias engañaban. Justamente porque no habría una vía legal para derrocar a Allende, el Partido Demócrata Cristiano eligió un nuevo liderazgo que era favorable a un golpe militar. Lo que pasó después fue coreografiado por la CIA y la oposición: Una huelga minera para debilitar la economía y legitimar su oposición. Un tancazo o motín para determinar quiénes eran los militares que debían ser neutralizados antes del golpe, que se centró en el general Carlos Prats, el Comandante en Jefe del Ejército. Un nuevo paro patronal en agosto con ataques de la Armada a la infraestructura. Y una declaración del Congreso que el gobierno de Allende estaba actuando fuera de ley con sus estatizaciones.

La revolución desde arriba ya no tenía ni fuerza ni estrategia, a menos que buscara un acuerdo con la Democracia Cristiana para un plebiscito que nunca iba a llegar a hacerse, porque la DC quería un golpe y no una solución negociada. Y a la revolución desde abajo le faltaron armas, liderazgo nacional y horizonte. Podía crear un coordinador de los cordones industriales de Santiago, pero no tuvo más proyección que esa. Los cordones industriales y la revolución desde abajo estaban en auge luego del paro de octubre. La decisión de Allende, de abandonar a la revolución

desde abajo y optar por la vía electoral selló el destino de las revoluciones desde arriba y desde abajo.

Cuando Allende optó por la vía electoral desmovilizó a la revolución desde abajo. Las revoluciones desde arriba y desde abajo solo tenían posibilidad de triunfar si actuaban en conjunto y se apoyaban mutuamente, como lo hicieron durante el paro de octubre. Sin esa colaboración activa, la revolución chilena estaba condenada al fracaso. Desgraciadamente, las tensiones entre las dos revoluciones no pudieron resolverse nunca.

Durante las semanas previas al golpe las Fuerzas Armadas aplicaron la Ley de Armas, que Prats convenció a Allende de no vetar y que les daba el derecho a allanar cualquier lugar y a detener a cualquiera persona en busca de armas “ilegales”. Esta ley fue usada por las Fuerzas Armadas para allanar los recintos de la revolución desde abajo —las fábricas, las poblaciones, los centros de la reforma agraria y, sobre todo, los cordones industriales— donde esperaban encontrar resistencia al golpe. La declaración de estados de excepción por parte de Allende en muchas provincias las dejó bajo control militar, en efecto un golpe militar antes del golpe del 11 de septiembre de 1973. Cuando el golpe se produjo, las Fuerzas Armadas se encontraron entonces con muy poca resistencia.

En definitiva, la revolución desde abajo fue capaz de defender sus territorios contra los paramilitares de derecha y tomar y socializar más de quinientas empresas, muchas más que las 91 previstas en la lista de estatización de la revolución desde arriba. Y fue capaz de crear instituciones revolucionarias originales, como los cordones industriales, y tácticas revolucionarias, como las tomas. Pero no fue capaz por sí sola de resistir un golpe de Estado de las Fuerzas Armadas. Tal vez las revoluciones desde arriba y desde abajo juntas hubieran tenido los recursos, los guerrilleros y la legitimidad para resistir un golpe de Estado por un tiempo. Pero ni eso hubiera parado un golpe de las Fuerzas Armadas unidas. Lo que queda es la memoria de la UP, de sus revoluciones desde arriba y desde abajo, la creatividad de sus procesos revolucionarios y las lecciones que dejaron para la posteridad.

## EPÍLOGO: LECCIONES EXTRAÍDAS DE LA EXPERIENCIA DE LA UNIDAD POPULAR EN AMÉRICA LATINA

En 1971, un año después de que la Unidad Popular ganara la Presidencia en Chile como una alianza de partidos de izquierda grandes y pequeños, el Frente Amplio, una alianza de ocho partidos de izquierda que quiso emular el modelo y la trayectoria de la UP, debutó en el Uruguay con el 18 por ciento de los votos. Además, llegó cerca de ganar la Intendencia de Montevideo, el segundo puesto más importante después

de la Presidencia nacional, con un programa que planteaba una vía pacífica hacia el socialismo inspirado en la UP de Chile. Uruguay, la otra democracia modelo de América del Sur, también experimentó un golpe de Estado en 1973 y una dictadura cívico militar.

El Frente Amplio sobrevivió doce años de dictadura, durante los cuales sus líderes, incluido su candidato a presidente en 1971, fueron encarcelados y torturados. Pero en 2004, su candidato Tabaré Vázquez ganó las elecciones presidenciales, convirtiéndose en el primer presidente en la historia de Uruguay que no era ni del Partido Blanco ni del Partido Colorado, los dos partidos tradicionales. Durante los 15 años siguientes, el Frente Amplio consolidó su posición como el partido más fuerte del Uruguay, e incluso cuando perdió la Presidencia en 2019, perdió en segunda vuelta por pocos votos ante un candidato de una alianza de múltiples partidos de centro y de derecha. El Frente Amplio quedaba como el partido más fuerte del país, que requería una alianza de tres partidos para ser derrotado. En ese sentido, el Frente Amplio ha sido más exitoso que la UP, parecido a la Concertación pero más a la izquierda, aunque las dos alianzas contienen partidos de izquierda que ya no son tan izquierdistas como en los setenta.

En Nicaragua, la revolución chilena tuvo un impacto en la revolución sandinista. Dentro del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), una de sus tres “tendencias”, la Tendencia Proletaria, fue influenciada por la revolución chilena. Su comandante, Jaime Wheelock, que había estado en Chile durante la época de la UP, quedó impresionado por la movilización de pobladores y trabajadores urbanos impulsada por el MIR y por la revolución desde abajo, y emuló esa experiencia durante la guerra revolucionaria contra Anastasio Somoza. Pero, por otro lado, Wheelock quedó convencido de que una de las razones por las que la revolución chilena había sido derrotada era la escasez de productos que se dio después de la gran alza de salarios y las fiestas de consumo. Por eso, Wheelock puso a Chile como un ejemplo que no debía seguirse y trató de limitar las expectativas de consumo del pueblo nicaragüense. Además, después del triunfo sandinista, como ministro y como comandante, Wheelock tenía autoridad sobre la reforma agraria, que tuvo ecos de la reforma agraria chilena, incluso la aceleración de la reforma para resolver problemas políticos.

En el Chile de la postdictadura, la dominación política de la Concertación y su alianza entre el Partido Socialista y el Partido Demócrata Cristiano, aliados en los noventa pero que habían sido enemigos en los setenta, provocó un rechazo de la experiencia de la UP hasta fines de los noventa. La UP también fue considerada por muchos como responsable de la dictadura, e incluso hubo un rechazo de muchos a la memoria de Allende. Pero en 1999, la Surda —en sí un movimiento muy influenciado por el MIR de la época de la UP— trató de recrear un campamento del

MIR tipo Nueva La Habana, pero en las condiciones muy distintas del cambio de milenio. Comenzó con una toma de un terreno en Peñalolén, muy cerca de la Villa Grimaldi, y fue conocida por eso como “La Toma de Peñalolén”. En la entrada, un cartel advertía “Aquí se construye conciencia, no solo casas”. Unas diez mil personas llegaron a participar de ese experimento, y si bien a la larga no prosperó, porque no pudo conseguir que el gobierno les otorgara el derecho legal a quedarse en el terreno, y tampoco pudo demostrar la viabilidad de los movimientos revolucionarios en el siglo XXI, dio luz a otro movimiento, ahora estudiantil, la Izquierda Autónoma, que sobrevivió a su movimiento madre y participó en el movimiento de los pingüinos de 2006. La Izquierda Autónoma tuvo un papel de liderazgo en los movimientos estudiantiles de 2011, con Francisco Figueroa y Gabriel Boric, ganando en 2012 la primera mayoría en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH).

Los autónomos criticaron a la Concertación por despolitizar al pueblo y por su rehabilitación de Salvador Allende como un “Allende de museo”, con el fin de consignar su memoria a un mero recuerdo de otra época, sin relevancia para la actualidad. Los autónomos —junto a los comunistas— lucharon contra esa estrategia reivindicando a “la gente que murió en esos días [porque] fueron combatientes que murieron por un mundo distinto”. Las imágenes de Allende pintadas en los muros y en pancartas vistas en las calles en 2019 y las canciones de Víctor Jara, un cantante de la UP cuyas canciones fueron la música más escuchada y más cantada en la Plaza de la Dignidad en octubre de 2019, son pruebas de que Allende, la UP y su cultura mantienen su vigencia para los activistas de hoy.

En 2013, Figueroa me dijo que los autónomos creen en la creatividad del pueblo, representada en su época por Allende y la UP, pero también en la revolución desde abajo, en los pobladores, los campesinos y los trabajadores. Y la enseñanza que extrae de la experiencia de la revolución desde abajo de la UP es que no se puede hacer nada sin el pueblo. “Tiene que ser el pueblo como tal el protagonista de la historia”, me recaló Figueroa, “y no intermediarios como los partidos políticos” (en Winn, 2013: 147).

Los activistas del movimiento de masas de 2019 parecen haberlo entendido, ya que su movimiento no tuvo ni líderes reconocidos ni organizaciones institucionalizadas, y se rechazó cualquier intento de imponerlos. Además, el movimiento ha sido muy democrático en sus organizaciones de base, como los cabildos y las asambleas. Es decir, es una revolución desde abajo.

## REFERENCIAS

- ALLENDE, S. (4 de noviembre, 1971). “Primer año del Gobierno Popular”. Discurso pronunciado en el Estadio Nacional. Citado en: Winn, P. (2004: 302).
- GARCÉS, M. (2002). *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Santiago: LOM Ediciones.
- GAUDICHAUD, F. (2004). *Poder popular y cordones industriales: testimonios sobre el movimiento popular urbano*. Santiago: LOM Ediciones.
- MALLON, F. (2000). *La sangre del Copihue: la comunidad mapuche de Nicolás Ailio y el Estado chileno, 1906-2001*. Santiago: LOM Ediciones.
- WINN, P. (2004). *Tejedores de la revolución: los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. Santiago: LOM Ediciones.
- (2013). *La revolución chilena*. Santiago: LOM Ediciones.